

# Alma y Frin

Luis María Pescetti

Ilustraciones: Lucía Mancilla Prieto

loquele<sup>o</sup>

*A los chicos y maestros de escuelas rurales.*

*A nosotros (con permiso).*

# 1

## SORPRESA

9

Cuando Frin subió a la duna, se paró frente al mar por primera vez; pero ahí estaba Alma, sentada en la arena, hablando con ese chico más grande. Entonces no vio el mar, dio media vuelta.

—Frin, ¿qué hacés? Viajamos hasta acá, ¿no vas a saludarla? (papá).

—Dejame (se alejó).

—Esperá...

—¡Dejame!

Así terminó la visita de sorpresa que Frin había preparado para el cumpleaños de Alma. No quiso quedarse un segundo más, ni que Alma oyera un ruido y se diera vuelta. Bajó la duna hasta la calle de arena y se alejó caminando a grandes trancos. Pasó al lado del jeep. Siguió de largo. El papá dudó un segundo en bajar a avisarle a Alma, pero no conocían esa ciudad, si Frin se alejaba no lo encontraría. Solo gritó:

—¡Alma! ¡Hola!

Y alzó los brazos. Ella se dio vuelta, el sol le daba en la cara, puso su mano como visera, en ese momento el papá vio que Frin se largaba a correr. Alma se puso de pie

para ver quién la saludaba. El papá hizo bocina con las manos:

—¡Ahora volvemos!

Alma levantó un brazo, pero la sorpresa era demasiado grande como para reconocer que era el papá de Frin. Cuando corrió hasta la duna ya no había nadie, y solo vio a unas cuerdas un jeep alejándose.

El papá alcanzó a Frin, lo convenció de subirse al jeep; pero con la promesa de que no volverían a la duna, ni a buscar a Alma, ni a nada. Solo al campo. Regresar.

10

Alma se quedó mirando. ¿No le prestaban un jeep al papá de Frin? No estaba segura. Aunque su corazón adivinó que era Frin dándole una sorpresa, pensó que ese presentimiento eran sus ganas de que Frin hiciera eso. Se ensombreció pensando que Frin no la había llamado ni le había escrito, ¿cómo podía olvidarse de su cumpleaños?

El papá apretaba el volante con las manos, enojado con Frin. Él no hablaba, no respondía, miraba por la ventanilla para disimular unas lágrimas. Malditas lágrimas, maldito mar, maldita idea de la sorpresa. Para colmo su mamá lo iba a llenar de preguntas:

—¿Te gustó el mar?



## 2

### LAS GALAXIAS SE ALEJAN

Todo comenzó antes, con la mamá de Alma contándole que les prestaban la misma casa de la playa para las vacaciones; ella disimuló sus pocas ganas con una media sonrisa.

13

También, con Lynko yéndose a Alemania con sus papás, a conocer una empresa que le había ofrecido trabajo al padre. No quería decir que se mudarían ya, pero si aceptaba deberían hacerlo. Y con Frin dibujando otra media sonrisa cuando sus papás le anunciaron que pasarían el verano en lo de un tío que tenía una librería en un pueblo con más árboles que personas; eso estaba bien para cuando uno era un nenito, pero ¿ahora? ¿Al menos irían en ómnibus, viendo películas reclinados en un asiento cómodo? No, el papá se las arreglaba para “vivir una aventura”. En vez de hacerlo como todo el mundo, tenía que ocurrírsele una maldita aventura. Gratis a lo de un tío, en un pueblo en el que la electricidad era a carbón, algo así, y en un jeep prestado que Frin conocía: iban a llegar cuando Lynko, Vera y Alma terminaran la primaria.

Ese fue el resumen que Frin le contó a Elvio, que comentó:

—¡De vacaciones con los papás! ¡Qué suerte que tenés, Frin!

—¿Qué dice?

Elvio lo despeinó con la mano, la mirada perdida. Seguro que esto sería un recuerdo buenísimo dentro de mil años, pero hoy es un plan aburrido.

—Decile a tu papá que puedo prestarles una carpa.

—Ni se le ocurra, Elvio.

—Por si quieren acampar, ¿no, Frin?

—Odio acampar.

—Vení que te la muestro, la usábamos con mi hija cuando era chiquita.

14

Frin sospechó que debía ser de la época de los romanos la carpa, porque la hija ahora tenía como cuarenta años, no, veinti... y algo. Lo mismo. Fueron hasta la baulera de la casa.

—Acá está.

Elvio dio un tirón para sacarla, se cayeron todos los trastos que se apoyaban en ella y, como ese era su método para buscar algo en la baulera, todo quedó según cayó y Elvio cerró la puerta.

—Capaz que hay que darle una lavada a la lona...

—... (*¿Lona? ¿Qué es "lona"?*).

—¡No se hacen más de estas carpas, Frin!

—... (*Ya murió demasiada gente cargándolas*). ¿No es pesada?

—Porque es buena, mirá qué costuras, qué remaches.

—Elvio, ¿y no se va a enojar el faraón si profanamos su tumba?

Soltaron una carcajada.

—¡Malvado muchacho! ¡Te presto un tesoro!

—¡Parece el cofre del tesoro, Elvio!

—¿Qué le ves de malo, a ver?

—Se va a enojar si le digo.

—No, no, al contrario, ¿qué podés encontrarle de malo a una carpa de esta calidad?

—Bueno... es... vieja...

—Sí, porque duró, no como las cosas de ahora, que no duran.

—... pesada, el color es espantoso, no tiene marca y uno debe tardar horas en armarla.

—No pienso rebajarme a una crítica tan... tan... Vos decile a tu papá que se la presto.

—A él le encantaría, Elvio, no le voy a decir.

El papá aceptó feliz y pasó a buscarla, la carpa y el jeep armonizaban, parecían del mismo Período Cretáceo.

Si las galaxias se alejan, como explicaban en ese programa de tele, ¿cómo es posible que todas se alejen de todas a la vez? Frin lo miraba imaginando que debía haber por lo menos una que quedaba en el medio, tipo: “¡Ey, qué les pasa a todas! ¿Adónde van?”.

Porque eso era exactamente lo que él sentía cuando fue con su papá al aeropuerto, a despedir a Lynko. Alma, en la playa; Vera, con sus papás, en las sierras; y Lynko, a Alemania.

Un aeropuerto bastante nuevo, y gente que se viste para viajar en aviones nuevos, que van por el aire, que vuelan: no en jeep.